

amplia y caudalosa. Pero ya sea un bien, ya sea un mal, la poca atención ó el desdén injusto con que se han mirado en Madrid y en otros puntos de España las composiciones de los poetas catalanes, alguna culpa tiene en que éstos se hayan recogido, digámoslo así, y se hayan decidido á escribir para sus paisanos, prefiriendo á una fama, aunque muy extensa, vaga, sorda y difícil de lograr, la intensa y reconcentrada fama de los habitantes de la patria chica y sus fervorosos y entusiastas aplausos.

Un notabilísimo poeta, hábil é inspirado en ambos idiomas, castellano y catalán, me explica esto con sincera candidez en el párrafo de una carta que no puedo resistirme á la tentación de trasladar aquí. El párrafo dice: «No extrañe usted mi hábito de escribir en catalán. A más del atractivo y la mayor espontaneidad que ofrece el lenguaje materno en que pensamos, tengo para ello el motivo de hallar así más favorable acogida. Con ser tan reducido el territorio de nuestro lenguaje regional, mis escritos catalanes se despachan bastante más que mis *Liricas*, compuestas en la extensísima lengua castellana. Es verdad que de la Corte me han llegado algunas aprobaciones (y bastarían las de usted para compensarme de todos los desvíos); pero también es verdad que nadie me ha leído ahí espontáneamente, sino por los buenos oficios del amigo Estelrich, que se ha constituido mi procurador literario; mientras sin necesidad de procurador alguno, recibo continuamente de Cataluña adhesiones y testimonios

de afecto, hasta de sujetos desconocidos. Digo esto no para quejarme de nadie ni de nada, sino para explicar mi insistencia en valerme de la lengua regional para mis obras poéticas.»

---

**Don Manuel Milá y Fontanals** insigne maestro en letras humanas, es, á mi ver, como preceptista, crítico y erudito, quien ha ejercido más benéfico influjo en el florecimiento de nuestra cultura, á mediados del siglo XIX, primero en Cataluña y más tarde en toda España. Y digo que en toda España más tardé, porque cincuenta ó sesenta años há, á causa de las continuas discordias civiles y de las preocupaciones políticas que embargaban los ánimos, se prestaba mucha menos atención que hoy á los asuntos literarios y el aislamiento de Barcelona con respecto á Madrid era muy grande. Yo tengo por cierto que Milá y sus escritos eran conocidos y celebrados en Alemania y en otras distintas naciones de Europa mucho antes de que en Madrid los conociese y estimase alguien que no fuese muy estudioso y muy docto.

Como yo en mi mocedad distaba mucho de serlo, confieso que no supe que había tan sabio literato en España hasta que en 1857 me informó de ello en Moscou un ingenioso poeta y entendido hispanófilo ruso, llamado Sergio Sobolewski. Algo me consoló de mi ignorancia de entonces el ver que, cuando volví de Rusia á Ma-

drid y hablaba yo de Milá y de sus obras, á casi todos mis interlocutores sonaba como inaudito cuanto yo les decia. Milá, sin embargo, habia dado ya á la estampa no pocos de sus mejores trabajos y adoctrinaba á la juventud en la universidad de la capital del Principado.

Su arte poética, sus observaciones sobre la poesía popular y otros escritos suyos, ya publicados en sendos volúmenes, ya en los periódicos ó revistas en forma de artículos, pudieron servir y sirvieron de guía y norma á la nueva escuela poética, llamada romántica.

Como fundamento de toda su doctrina debemos poner y considerar sus *Principios de teoría estética y literaria*, libro precioso por la sana y excelente doctrina que contiene y por la claridad, orden y concisión con que la doctrina está expuesta.

Partiendo de una filosofía primera espiritua- lista aunque poco determinada, cuyo sostén y apoyo son, sin duda, las tradicionales creencias religiosas del autor, busca éste lo bello y lo sublime en la naturaleza considerada en su más vasto y aristotélico significado, ó sea comprendiendo cuanto existe de material en el universo y asimismo el mundo de las ideas, afectos y pasiones: todo lo existente y todo lo posible en suma. Con aguda y atinada observación y con muy delicado análisis, halla y reconoce Milá lo bello y lo sublime en la naturaleza, y ya que no los defina, los describe, mostrando sus más esenciales caracteres, y probando la realidad objetiva

que en ellos hay con independencia absoluta del sentir y del conocer del sujeto que los contempla.

Afirmado así el ser independiente de lo bello y de lo sublime, estudia Milá las facultades perceptivas y pasivas del alma humana, para ver y entender lo que es sublime y lo que es bello, concebir su idea en la mente y atesorarla en la memoria.

A fin de hacer productivo este tesoro y sacar de él nuevas y ricas creaciones, estudia y analiza, por último, Milá las facultades activas y estéticas del alma, que informan al artista y de las que el arte procede. Y circunscribiendo luego su estudio del arte al de la palabra, nos da un breve y muy importante tratado de retórica y poética tan juicioso como lleno de novedad y que, más bien que contraponerse, se eleva sobre la escuela pseudo-clásica y sus reglas convencionales, basadas en el estudio parcial é incompleto de ciertos modelos.

Se diría que para la mencionada escuela pseudo-clásica sólo hay cuatro siglos luminosos, en que la literatura y la poesía florecen con el debido esplendor y en los que prevalece el buen gusto. Fuera de los siglos de Pericles, Augusto, León X y Luis XIV de Francia, apenas solía descubrir un pseudo-clásico obra literaria alguna que no fuese bárbara ó extraviada. Fuera de las leyes, promulgadas por las cuatro poéticas de Aristóteles, Horacio, Vida y Boileau, correspondientes á los cuatro mencionados siglos, todo

era extravagancia y anarquía. Y aun dichas cuatro poéticas, y sobre todo la de Aristóteles, eran mal entendidas y peor interpretadas, ya que en la de Aristóteles, entendida bien, caben, en mi sentir, cuantas invenciones, atrevimientos y concepciones artísticas puede formar la más innovadora y lozana fantasía.

Acaso el empeño de desenterrar antiguas glorias poéticas, para el vulgo sepultadas en el olvido y de hacer valer como rico tesoro de poesía la de nuestra edad media, contradiga un poco en Milá lo verdadero y juicioso de sus reglas como preceptista. Sin embargo, y aunque nos inclinemos á creer que Milá concede más mérito del que merecen á muchas composiciones poéticas medioevales, todavía es muy de aplaudir la rara erudición, la infatigable diligencia y la discreción crítica que resplandecen en su libro *De los trovadores en España*.

Afectada, cortesana y harto poco popular fué la poesía de los trovadores, tan floreciente en Cataluña, en Aragón y en Navarra, y hasta en el mismo reino de Castilla, como en todo el mediodía de Francia. Y más floreciente aún entre nosotros, después de la batalla de Muret, donde murió el rey aragonés D. Pedro II y quedó vencido el Languedoc, por Simón de Monfort y sus cruzados. La poesía trovadoresca, no contando desde entonces con poderosos príncipes franceses que la protegieran, acudió á refugiarse en España, donde siguió brillando hasta fines del siglo XIII en que puede decirse que termina bro-

tando en Cataluña de los gérmenes populares, influidos por la poesía provenzal, una nueva y rica literatura, cuyo mayor auge y esplendor se manifiestan en el siglo XV, cuyo más brillante iniciador fué, sin duda, el mallorquín Raimundo Lulio y cuyos más egregios poetas, fueron Ausias March, Mosén Jordi, Jaume Roig, Gazull, Fenollar y Andrés Febrer, traductor del Dante.

En los versos de Milá titulados *El lenguaje lemosin*, más parece que recuerda el poeta, la época de la literatura propiamente catalana ó sea los reinados de D. Juan I, de D. Fernando el de Antequera y de D. Alfonso V el Magnánimo, que la época de los trovadores, que tienen más de extranjeros que de indígenas, aunque también los hubo catalanes de grande importancia y nombradía como Guillermo de Bergadan y Hugo de Mataplana. En el precioso libro *De los trovadores en España*, Milá nos da la historia de estos trovadores, cuya labor precede á la exclusiva poesía catalana propiamente dicha.

Aunque se escandalice y me censure quien me lea, me inclino yo á creer y me atrevo á insinuar que si se exprimen en la más poderosa prensa hidráulica todos los serventesios, lais, tensiones y pastorelas de los antiguos trovadores, ha de salir poquísimo jugo de verdadera poesía. Algo parecido y poco favorable puede también decirse, á mi ver de los cancioneros como el de Resende, el de Baena y el de Stufiga, pongamos por caso. Casi todos aquellos versos son artificiosos y muy poco sentidos. Lo singular es

que la poesía que falta en los versos está en abundancia en los autores de los versos; en sus aventuras, peregrinaciones, amoríos y contiendas.

Los versos trovadorescos deben, pues, estudiarse para penetrar bien en la vida, usos y costumbres, política, intrigas y guerras de la edad en que se escribieron. Mirado desde este punto de vista, el libro de Milá es ameno é interesante. Sólo le vencen en esto, por tener más agradable y fácil estilo, los tomos de la *Antología de poetas líricos castellanos*, en que el sabio discípulo de Milá, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, trata de los poetas castellanos de los siglos XIV y XV.

Como quiera que ello sea, bien se ve que Milá, está ansioso de resucitar la antigua literatura catalana, empleándose para ello en escribir, reconstruir y divulgar la historia y los documentos de las dos corrientes que combinándose le dieron vida. Es una el gay saber trovadoresco, y es otra la poesía popular y espontánea, que da muestras de sí en romances, canciones y hasta en rondallas ó cuentos vulgares.

A este fin escribió y publicó Milá en 1853 sus atinadas *Observaciones sobre la poesía popular*, á las que sirven de apéndice y complemento un *Romancerillo catalán* y una curiosa colección de cantares, versos con que se acompañan ciertas danzas, consejas y cuentos infantiles. Así fué Milá uno de nuestros primeros y más estimables folk-loristas.

Mucho más tarde en 1882 publicó su *Romancero catalán* notablemente ampliado y que con-

tiene canciones y hasta las melodías ó tonadas con que la letra se canta.

Sin duda, con tales obras contribuyó Milá poderosamente al pleno renacimiento y florecimiento de la literatura regional catalana, de la que es tan apasionado como se advierte en los versos que insertamos en este FLORILEGIO. En ellos llega á decir:

Del saber el noble cetro  
Que el catalán empuñaba  
Cayó también de su diestra  
Al olvidarse su habla,

lo cual, harto se ve que es una exageración apenas lícita en verso y que jamás el razonable y discreto Milá se hubiera aventurado á decir en prosa, lastimando la verdad histórica y el recto sentido.

No se crea con todo que el vehemente amor de Milá á su *región* ó patria chica entibiase en su corazón y en su mente el ardor fecundo con que hoaró y sirvió á la patria grande, erigiendo á la historia de su literatura un monumento tan hermoso como útil en su libro *De la poesía heroico-popular castellana*, libro que encierra mucha más doctrina y muchas más noticias que las que su título promete, y libro precedido de la brillante *Oración inaugural* leída ante el claustro de la Universidad de Barcelona en la apertura del curso de 1865 á 1866, donde el autor nos presenta una discreta apología y un cuadro sinóptico, rico, espléndido y claro de toda la cultura literaria española.

En este último y magistral libro de Milá hay que admirar igualmente la vasta erudición del autor, su conocimiento inmediato, y no de segunda mano, de los autores nacionales y extranjeros, y el buen gusto y la serena rectitud de juicio con que lo examina, lo aprecia y lo estima todo. Nada antes de la aparición del libro de Milá vale tanto para el estudio de nuestra historia literaria y para formar concepto más exacto del ingenio español, siendo necesario confesar aquí que somos deudores á un escritor catalán de tan entusiasta y atinado panegírico de la poesía castellana, lírica, dramática y narrativa.

La forzosa brevedad de estas notas no consiente que nos detengamos aquí en dar cuenta de otros escritos de Milá, ni menos en referir los casos de su vida. Limitémonos á decir que nació en Villafranca del Panadés, el 4 de Mayo de 1818 y murió el 16 de Julio de 1884.

Después de su muerte se ha hecho, ó más bien, se está haciendo en Barcelona, una edición de sus obras completas, dirigida é ilustrada por don Marcelino Menéndez y Pelayo. En los ocho tomos publicados ya se contienen las obras de que hemos dado cuenta, y además estudios sobre la literatura, lengua é historia de Cataluña, sobre el origen del teatro catalán, otros varios opúsculos, y poesías y leyendas en catalán y en castellano. El tomo IX, inédito aún, contendrá la vida y el juicio de Milá escritos por D. Marcelino, correspondencia literaria y otros diversos documentos.

**Don Juan de la Pezuela** nació en Lima el 16 de Mayo de 1810, siendo virrey del Perú su padre D. Joaquín, primer Marqués de Viluma.

A la edad de ocho años vino á España. Se educó en el célebre colegio de San Mateo. Fueron sus principales maestros D. José Gómez Hermosilla y D. Alberto Lista. Entre sus más aventajados condiscípulos pueden contarse don José de Espronceda, D. Ventura de la Vega, don Mariano Roca de Togores, y el peruano D. Felipe Pardo.

No ponderaré yo lo severo y lo profundo de la instrucción que se daba en el mencionado célebre colegio; pero es indudable y digno de admiración y de aplauso, el amor á las letras que se infundía allí en los espíritus, dotándolos de un extremado buen gusto, resistente valladar contra toda moda absurda y contra toda novedad peligrosa.

Este amor á las letras, verdaderamente estético por lo desinteresado, se mostró en Pezuela más que en otros, por la elevación de la cuna en que él había nacido, por donde le movía más el puro deleite que la obra artística produce en el alma, que la fama ó el provecho que de su producción puede seguirse.

No creemos que, al salir Pezuela del colegio, fuese un muy docto y erudito humanista; pero si le creemos prendado de la poesía y entusiasta admirador de las mejores obras que en este género han nacido del arte y del ingenio humanos.

La nobleza de su nacimiento y la esmerada primera educación que Pezuela hubo de recibir en la casa de sus padres, contribuyeron sin duda á realzar en él ciertas excelentes cualidades ingénitas, haciendo de él un caballero muy cabal y como si dijéramos muy chapado á la antigua española: un ilustre y castizo hidalgo de las edades pasadas, si no como éstas fueron en realidad como pudo imaginarse que debieron ser.

Tal vez se tome por atrevida paradoja lo que voy á decir, pero no me resigno á callarlo. Durante el reinado de Fernando VII, fanatizada la plebe por los frailes era servil en su gran mayoría, de suerte que el liberalismo resultaba aristocrático y elegante. Pezuela fué, pues, liberal, y se me figura que ha continuado siéndolo hasta el día de hoy de la misma manera y en el mismo grado; pero como el liberalismo, triunfante al fin, se ha extendido y crecido entre el vulgo, resulta que Pezuela, sin haber variado, sea tenido ahora por poco liberal y hasta por reaccionario.

Valerosamente, sin embargo, sirvió á la causa de la libertad y del progreso de su patria, desde la muerte de Fernando VII hasta la mayor edad de la reina doña Isabel II.

En la carrera militar, que fué la suya, combatió por la reina niña y por el nuevo régimen político, señalándose durante la larga guerra civil como bizarro é inteligente caudillo.

No me incumbe relatar aquí las acciones y empresas guerreras en que Pezuela tomó parte,

ni menos tratar de su vida política, ya en las Cortes, ya en los empleos y gobiernos que se le confiaron. Baste decir, que logró más honores y títulos que riqueza, lo cual redundaba en su alabanza.

Hoy vive aún, con sana y envidiable longevidad, estimado y respetado de todos, porque la envidia ó la ira de sus contrarios políticos no se levantan contra él para atacarle en su retiro. En él vive en modesto y merecido encumbramiento, oficialmente sancionado por los altos Poderes de la Nación, que le han hecho Marqués de la Pezuela, Conde de Cheste, Capitán general, Grande de España y Senador por derecho propio, y que han suspendido en su cuello el Toisón de Oro.

La Real Academia Española se honra y le honra teniéndole por su Director desde hace muchos años.

Sus poesías líricas, amorosas y galantes, como la que insertamos en esta obra, son muy de estimar por la verdad y delicadeza del sentimiento con que están escritas y por la elegante sencillez del estilo; pero lo que más fama ha dado á Pezuela es su empeño, no malogrado, de poner en verso castellano las principales epopeyas de Portugal y de Italia.

No poco se ha censurado su traducción de *La Divina Comedia*, y no por la ignorancia ó mala comprensión del texto, sino por la libertad que Pezuela se toma al expresarle en nuestra lengua, de inventar vocablos y hasta de adoptar formas

ó desinencias en las conjugaciones, que no están ni tal vez estuvieron nunca en uso. Debe decirse, con todo, en defensa de Pezuela que no se vale á menudo de tamañas libertades, las que hasta cierto punto, ya que no sean lícitas, tienen excusa, porque Dante mismo excita á emplearlas con su ejemplo y escribe en una lengua, aunque ya formada, harto nueva aún y en la que el poeta ensancha, cambia ó modifica lo que le conviene. De todos modos es de aplaudir el fervoroso y persistente entusiasmo con que Pezuela pone en nuestro idioma la obra capital del terrible poeta Gibelino. Para los que no le entienden bien en italiano, es muy útil la traducción de Pezuela, y como no hay ni hubo nunca otra mejor, pecará sin duda de severo, ya que no de injusto quien la califique de mala. Y mayor será la injusticia y el poco fundamento de semejante calificación, si se atiende á que los adustos y descontentadizos censores, probablemente, casi de seguro, no leyeron jamás ni entendieron el original de la traducción censurada.

En las traducciones en verso que ha hecho Pezuela de los otros grandes poemas, puede notarse, á la verdad, el mismo defecto, aunque no en tanto grado. Valga para su disculpa aquello de que á los poetas

Quidlibet audendi semper fuit æqua potestas.

También hay algo en ello del denuedo militar tan propio de la profesión del poeta que traduce. Tal vez, como el hijo de Filipo, Pezuela pier-

de la paciencia cuando tarda en desatar el nudo y le desbarata de una cuchillada, ó bien cuando la musa castellana se le resiste á expresar lo que desea como al otro se le resistió la Pitonisa, la agarra de un brazo y la obliga por fuerza á pronunciar el oráculo.

De todos modos debemos tener presente que es muy fácil censurar y en extremo difícil vencer con labor menos imperfecta la labor censurada. Al cabo la traducción de *Los Lusíadas* de don Lamberto Gil no es mejor que la del Conde de Cheste. Probablemente, pues yo confieso no haber leído ninguna, no serán mejores que la del Conde de Cheste las cuatro ó cinco traducciones que se citan de *La Jerusalén libertada* de Torcuato Tasso. El mismo olvido en que están prueba ó hace recelar su corto mérito. De seguro que los eruditos que las mencionan, jamás tuvieron la paciencia de leerlas.

Por último, la traducción que hizo Cheste del *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto, es también mejor que la antigua traducción del capitán Jerónimo de Urrea, en cuya defensa dijo Cervantes, que le perdonaba haberle traducido quitándole mucho de su natural valor, porque «lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento».

Quizá Cervantes hubiera modificado tan severa sentencia contra las traducciones poéticas, si

hubiese leído la que del *Orlando* hizo en silva D. Augusto de Burgos, hijo del célebre traductor de Horacio. Con esta traducción, publicada por vez primera en Barcelona en 1846, y que se lee con mucho agrado, tuvo que luchar y que competir Pezuela.

En el caso del *Orlando*, hay además otras dificultades: la ironía satírica y la imaginación sobrado licenciosa del poeta original, tan en desacuerdo con la gravedad y la compostura del traductor, sobre todo en la edad avanzada ya en que emprendió y llevó á cabo tan árdua tarea. ¿Cómo Pezuela, después de haber cumplido los setenta años, y en su respetable posición hubiera podido traducir con deleite y sin sonrojo los desvergonzadísimos episodios de *El perro precioso* y del *focondo* por más que asegure el cristiano poeta Ludovico Ariosto, según le llama Cervantes, tal vez por chiste, que el Arzobispo Turpin había puesto todo aquello en su crónica y que él no hace mas que copiarlo?

Hay, por último, que aducir en favor de las traducciones épicas del Conde de Cheste que el gran público no gusta ya de las epopeyas, sino que le aburren. De aquí, que muchas personas cuando no son audaces en extremo, no se atreven á decir que Homero, Virgilio, Dante, Ariosto, Camoens y el Tasso les parecen inaguantables y descargan su enojo ó su furia contra los traductores, como quien piensa y dice, *aquí que no peço*.

Nosotros, si hemos de ser imparciales y esti-

mando como debemos las más bellas é ingeniosas creaciones poéticas del ingenio humano, aplaudimos con toda sinceridad la labor del Conde de Cheste, que basta, á pesar de sus deficiencias, á dar idea aproximada de las bellezas que las mencionadas obras contienen, á quienes no las entenderían si se empeñasen en leerlas en el idioma en que se escribieron.

### Don Mariano José de Larra

no es muy conocido y celebrado como poeta lírico, pero el hermoso romance suyo que insertamos en nuestra coleccion, basta á probar que sentía hondamente la pasión amorosa y sabía expresarla en verso con castiza elegancia.

Como novelista, y cuando en España empezó á cultivarse la novela histórica, siguiendo á Walter Scott, Larra compuso *El Doncel de Don Enrique el Doliente*, novela no inferior á las que en el mismo género compusieron Espronceda, Villalta, D. Enrique Gil y D. Patricio de la Escosura.

Larra fué también autor dramático. Su obra original más aplaudida tiene el mismo asunto que la susodicha novela. Es su protagonista el célebre trovador gallego Macías *el Enamorado*, cuya vida *tomó fin amando*, como dice Juan de Mena.

Escribió también Larra algunas comedias, traducidas ó arregladas de otras francesas, como *El Arte de conspirar* y *No más mostrador*.



Su alta nombradía procede, sin embargo, de otros estudios y producciones. Para alcanzarla, le valieron principalmente su notable talento de escritor satírico, aplicado á las cosas políticas, la gracia y ligereza de su estilo para trazar cuadros de costumbres contemporáneas y su claro y desenfadado criterio para juzgar las novedades dramáticas.

Contribuyó, no poco, á la prontitud y elevación con que creció su fama, lo poco comunes que habían sido, antes de que él escribiese, ciertos breves escritos periodísticos, á los que prestaron luego ocasión, posibilidad y oportunidad la naciente libertad de imprenta, la guerra civil y la agitación y el tumulto del nuevo reinado, de la Regencia y de la minoría de una reina niña.

Larra se valió para escribir de varios pseudónimos, aunque, más que por disfraz por gala ó chiste, ya que bajo los sucesivos apodos de *El duende satírico*, *El pobrecito hablador*, *Andrés Niporesas*, *Ramón Arriala*, *El Bachiller Juan Pérez de Munguía* y *Figaro*, el público no dejaba nunca de reconocerle.

Confieso que sería para mí muy difícil empresa, y además no quiero acometerla porque no lograría salir con ella adelante en una breve nota y sin redactar muchas páginas, la justa estimación del valer de Larra, determinando la importancia que en absoluto tuvo y tiene y lo que debió á circunstancias favorables.

Por algo entraron también en las extraordi-

narias alabanzas que sus escritos obtuvieron, todos los sucesos más ó menos misteriosos de sus últimos amores y la tragedia que puso fin á dichos amores y á su vida, cuando la mujer á quien Larra amaba vino á la casa del poeta para romper las antiguas relaciones, y él se dió la muerte. Siempre, y más aún en aquel tiempo de férvido romanticismo, hubiera atraído y atraído la atención y la simpatía del vulgo, el caso lastimoso que, en muy lozana juventud, á los 28 años de edad, con muchos laureles ya logrados y con esperanza de lograr otros mayores, acabó con la vida del que pensó al morir y pudo decir como el héroe de su novela y de su drama:

Cativo de minha tristura,  
Eu morro desamparado  
Con pesar é con desejo.

Nació Larra en Madrid el 24 de Marzo de 1809 y murió en esta misma villa de Madrid el 13 de Febrero de 1837.

---

**Don Ramón de Mesonero Romanos** fué escritor tan estimable por su claro talento de observación y su fácil estilo, como excelente sujeto por la buena voluntad y activa eficacia con que se empleó en el bien público.

Esta villa de Madrid, donde nació el 19 de Julio de 1803, debe á su iniciativa y á sus esfuerzos no pocas materiales mejoras, y debe á

sus estudios y á su ingenio no pocos lindos cuadros en que aparecen retratados los usos, las costumbres y las fiestas populares de la capital de España.

Hay quien supone que le sugirió la idea de escribir tales cuadros, la lectura del *Espectador*, de Addison, y otros escritores ingleses y franceses de la misma laya. Pero no creo yo que la idea fuese tan peregrina y la novedad tan estu- penda que se necesitase ir á buscarlas fuera de España. Antes de que Addison naciera y antes de que nacieran los otros autores á quienes se supone que Mesonero Romanos sigue ó imita, habíamos tenido en España á Juan de Zabaleta, entre otros, que bien pudo excitar la emulación y servir de modelo á quien compuso el *Panorama Matritense* y tomó el pseudónimo de *El curioso parlante*. Prescindiendo de las naturales é inevitables diferencias en el sentir y en el pensar de los siglos en que vivieron, los dos autores españoles son parecidos. Ambos pintan en breves descripciones y narraciones, la vida, los entretenimientos, los caracteres, pasiones y vicios de los habitantes de esta villa y corte.

Mesonero Romanos había empezado por describir con diligente habilidad el lugar de la escena en que sacó á relucir más tarde á los personajes de su fantasía. El primer libro que dió á la estampa, en 1831, fué el *Manual de Madrid*, que se consideró desde luego muy útil y fué generalmente estimado por las interesantes noticias que contiene. Alentado por aquel buen

éxito, Mesonero empezó poco después á publicar en los periódicos sus artículos de costumbres. Reunidos éstos después, aparecieron los dos primeros tomos del *Panorama Matritense*, en 1836, alcanzando toda la popularidad y todo el aplauso que era posible en una tierra como la nuestra, oprimida poco antes por un nada culto despotismo, trabajada entonces por discordias y guerras civiles, y donde todavía se leían y se compraban muy pocos libros.

Mesonero fué, pues, uno de los iniciadores del renacimiento y del nuevo florecimiento literario.

Á él contribuyó además, fundando en el mismo año de 1836, el *Semanario pintoresco español*, que alcanzó larga vida y ejerció benéfico influjo en la cultura española, no sólo literaria, sino también artística y arqueológica.

Como poeta nunca se elevó Mesonero más allá de una razonable medianía. Escribió romances y otros versos graciosos, como una persona ilustrada podía escribirlos, contando con cierto buen gusto, espontaneidad, agudeza y desenfado chistoso. *El coche simón*, que en nuestra colección insertamos, da testimonio de tales prendas.

Prueban, por último, la capacidad y los merecimientos de Mesonero Romanos como erudito y crítico conocedor de nuestra literatura, los discursos, apuntes biográficos, juicios, catálogos y notas con que ilustró los tomos de Dramáticos contemporáneos de Lope de Vega y Dramáticos posteriores á Lope de Vega, de la Biblioteca de Rivadeneyra.

Después de largo silencio, y ya en edad muy avanzada, escribió y publicó Mesonero sus *Memorias de un setentón*, libro de muy agradable lectura, lleno de interés, de amenidad y de datos curiosos.

D. Ramón de Mesonero Romanos era individuo de número de la Real Academia Española desde el día 17 de Mayo de 1838.

Su muerte, muy sentida por la estimación y el afecto que por tantos títulos había alcanzado de sus compatriotas, ocurrió en esta misma villa y corte el 30 de Abril de 1882.

Ya se entiende que nosotros sólo podemos tratar aquí de D. Ramón de Mesonero Romanos, apreciar sus obras y contar su vida, en brevísimo resumen. Quien desee conocer todo esto, con pormenores y circunstancias, detenido examen de los escritos, observaciones y documentos, deberá leer el notable discurso necrológico que sobre Mesonero ha compuesto D. Emilio Cotarelo y que formará cuando se imprima un no muy pequeño volumen.

---

**Don José Joaquín de Mora** es personaje literario tan original y tan importante que, si bien hemos tratado de él extensamente en la introducción de esta obra, todavía nos queda mucho que decir. Y como no es posible que digamos sino muy poco, por la brevedad que han de tener estas semblanzas, aconsejamos á

quien desee enterarse mejor de todo, que lea los apuntes biográficos sobre D. José Joaquín de Mora, escritos por D. Miguel Luis Amunátegui, é impresos en Santiago de Chile en 1888.

Mora nació en Cádiz el 10 de Enero de 1783. Estudió leyes en la Universidad de Granada, donde tuvo por compañero y amigo á D. Francisco Martínez de la Rosa.

Como durante las vacaciones volvía á Cádiz, trabó allí amistad con otros jóvenes de mérito y de grandes aficiones literarias, entre los cuales descollaba D. Antonio Alcalá Galiano.

En 1808, movido por amor de la patria, tomó las armas contra los franceses y se halló en la batalla de Bailén. Siguió militando como soldado raso voluntario, y llegó á ser alférez cuando cayó prisionero de los franceses. Enviado entonces á Francia, permaneció allí algunos años y no volvió á España hasta 1814, casado con una señora francesa llamada Francisca Delauneux.

Desde 1814 á 1823 Mora vivió casi siempre en Madrid, empleándose en tareas literarias. Publicó entonces un periódico, que salía dos ó tres veces cada semana y se titulaba *Crónica científica*. En aquella publicación fué D. Antonio Alcalá Galiano uno de los principales colaboradores de Mora, y ambos sostuvieron una muy animada polémica contra D. Nicolás Böhl de Faber, alemán de nación, pero fervoroso hispanófilo, padre de la ilustre escritora que tan famosa se hizo más tarde con el seudónimo de Fernán Caballero.